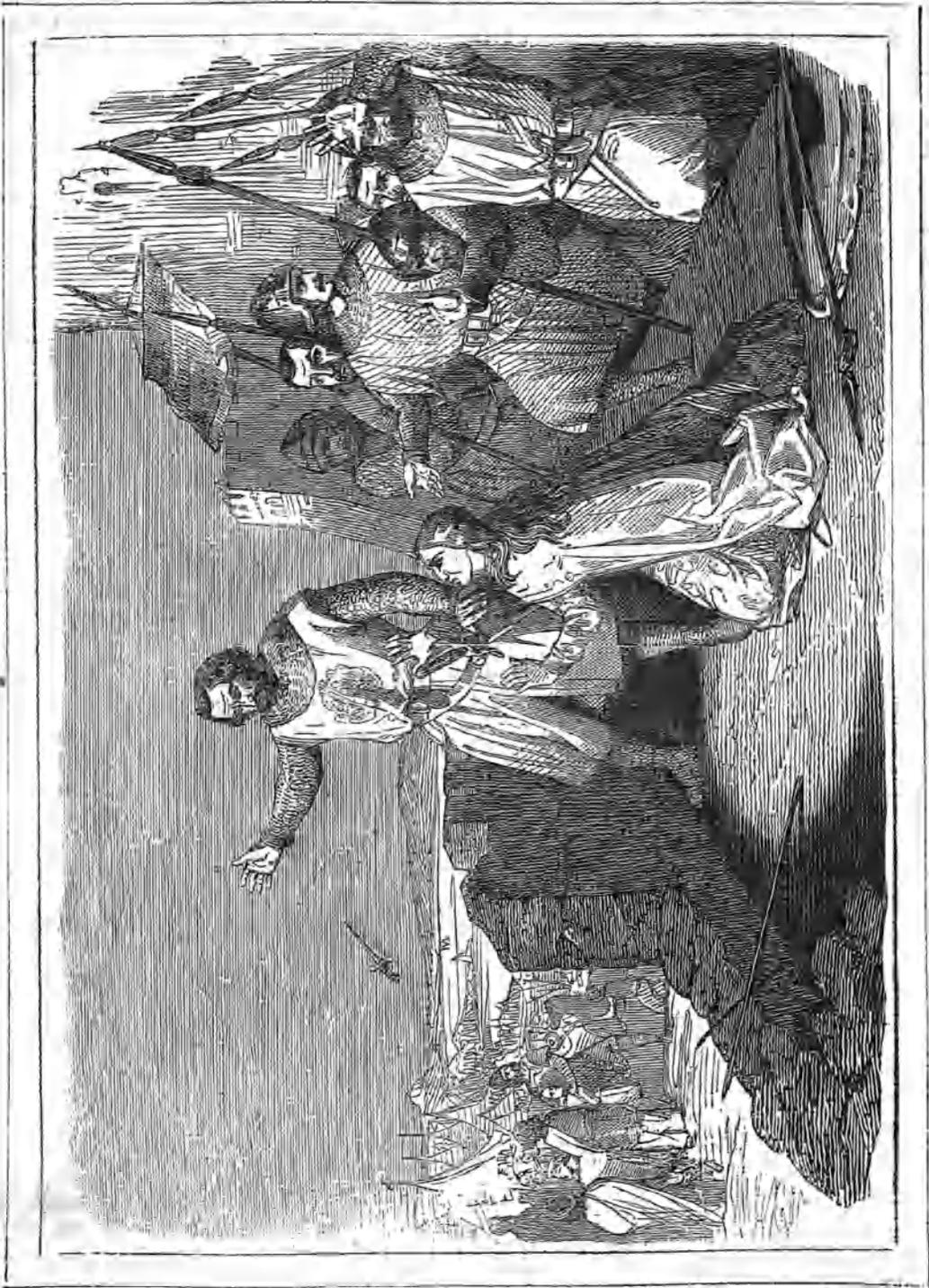


BELLAS ARTES.



Un momento de la vida en el estudio de Vascia. Cuadro del Sr. Herrera.

ESPOSICION DE PINTURAS DE 1847.



ARTICULO PRIMERO.

«Al César lo que es del César... y al arte lo que es del arte: á la feria de Madrid sus melocotones, sus acerolas, sus cajones llenos de juguetes de carton y de

hoja de lata, su concurrencia diurna y nocturna de gente desocupada; á la esposicion de pintura su local aparte, separado del profano gentio que busca mantas de Palencia, y trompetas de madera, y broma y conversacion. Al comercio de segundo orden, reunido inutilmente á lo largo de la calle de Alcalá para afrentar la memoria de las famosas ferias de Medina, su mes de Setiembre y su prosáica sociedad especial; al noble comercio de la inteligencia, á las artes libera-

les de lo bello, otro mes aparte, otra sociedad distinta si es posible, otro sitio diverso del que ha ocupado hasta ahora alternando al parecer con los puestos del mercado.» Tales eran nuestros votos en los últimos años cuando veíamos al público de Madrid tan propenso á mirar los salones de la Real Academia de San Fernando como una especie de prolongacion de los puestos de melocotones y de hierro viejo, contribuyendo no po-

co la casual coincidencia de las Esposiciones de pintura y escultura con la feria de trastos y vasijas á arraigar en la materializada inteligencia del vulgo la costumbre de considerar las obras del arte como obras esencialmente industriales. Desgraciadamente este vulgo es muy numeroso, porque no le compone solamente el comun de la gente popular ó plebe; para las artes son *vulgo* una gran parte de los que en la

gerarquía social ocupan altos escalones; así, el que en la sociedad de los salones es una notabilidad porque tiene un título, y rentas, y carruajes, puede muy bien ser *vulgo* para el artista; basta que el susodicho magnate sea de aquellos que creen haber hecho lo suficiente para la prosperidad de las artes con decir al pintor, afectando benévola amistad: ¿qué nos pone V. de bueno este año? Basta que sea de los que miran el arte como un objeto de *pasatiempo*, y los cuadros como *muebles bonitos* para hacer juego con sus pabellones.... Este vulgo que no sabe ver ni juzgar, ni sentir, es el que mas ha perdido con trasladarse á los salones de la Trinidad la esposicion de pintura: los mismos paletos de los lugares que nunca han visto un lienzo pintado, han perdido menos que aquel vulgo rutiner, indómto, terco en su malísimo criterio, indiferente á todo lo grande y bello, fastidioso en su siempre intempestiva crítica. Pero las artes han ganado mucho, y eso es lo que mas importa. Tal vez nos engañaremos, y será con muy grande pesadumbre, pero estamos firmemente persuadidos de que nuestros artistas de mé-

rito han celebrado mucho la decretada traslacion (1), porque ninguno de ellos dibuja un rasguño ni dá una pincelada para solazar á aquel necio que le pregunta ¿qué nos pone V. de bueno? ni para distraer de sus borrascosas emociones al *leon* madrileño, ó provincial, que diariamente se lanza á la feria decidido á marchitar virginales corazones con los vivos resplandores de sus corbatas de cola de pavo real.

Hemos oido criticar la disposicion que en el nuevo local se ha dado á los cuadros presentados, y esta crítica carece en nuestra opinion de fundamento. Verdad es que en algunas capitales de fuera de España se cubren con lienzos de color oscuro los cuadros antiguos cuando las esposiciones de pintura se verifican en los museos ó galerías; sin embargo esta no es una razon para que aquí tenga que hacerse lo mismo. La comparación de las obras nuevas con las antiguas podrá en ciertos géneros ser desfavorable á los modernos artistas; en otros por el contrario solo servirá para hacer mas evidentes los incontestables progresos del arte en su forma plástica; pero de todos modos, sea



Y según el lienzo con el cual se hizo Esquivel

cual fuere el resultado de esta comparación, una esposicion no es un certámen intelectual de una época con otra, mucho menos aun el de un siglo con todos los siglos que le han precedido; una esposicion no es mas que una noble justa de los contemporáneos entre sí, una gloriosa arena donde cada cual luce alarde de

sus adelantos por medio de una doble comparación con las obras de los otros que se dedican á su mismo género, y con las suyas propias de los años anteriores. Bajo este punto de vista, que es en nuestro

(1) No solo la han celebrado, sino que fueron sus principales autoras en la Real Academia de San Fernando.

concepto el único verdadero, solo puede ser desfavorable á los cuadros modernos la circunstancia de formar los antiguos un fondo desigual que distrae en algunos casos la atención; sin embargo, este inconveniente, que desaparece de todo punto en algunos sitios en que las obras están bien colocadas, queda mas que compensado con la ventaja que resulta para el público de poder juzgar con mas acierto sobre el mérito de los cuadros, y para los artistas de poder estudiar los maestros antiguos en presencia de lo que los actuales ejecutan (1). Solo una cosa echamos de menos en el gran salon de la Trinidad: un espacio sufragaluz en su techo, para que los cuadros reciban la luz de alto que tan buen efecto produce en los lienzos sin que sufra la vista la desagradable reflexion de distintos focos. Esta obra es tanto mas de desear por cuanto no la repugna la construcción del edificio; sin embargo, así para esto como para cubrir con lienzos oscuros los cuadros antiguos, según deseaban algunos se hiciera, eran menester fondos que no ha tenido á su disposición la Real Academia de San Fernando.

También han criticado algunos que la comisión nombrada por esta corporación para admitir ó desechar las obras presentadas haya dado cabida á tanto mamarracho como hemos visto en aquellas galerías. Tenemos entendido que dicha comisión se ha abstenido por este año de calificar las obras y designar las dignas de ser espuestas al público, y ha admitido cuanto se le ha presentado, para evitar que el nuevo local quedase enteramente desierto. Por nuestra parte no condenaremos este modo de proceder; la exposición de este año nos indica mejor que otra alguna el verdadero estado de las artes en España; de ella deducimos varios hechos muy notables: 1.º los buenos pintores son escasísimos entre nosotros; 2.º la generalidad de los aficionados no comprende lo que es el arte, y solo lo cultiva como adorno; 3.º sin embargo entre los que se dedican á la pintura de retratos sin mas objeto que la imitación servil de la naturaleza, hay muchos que tienen el sentimiento del color; 4.º (y este hecho es de mucha importancia para la filosofía del arte) la propiedad de *colorista* es indiferente de la idea subyectiva de la belleza, que es la que principalmente constituye al verdadero artista. De todos estos hechos resulta que la elevación de ideas en el arte es efecto de la educación del sentimiento, y que las bellas artes en nuestra capital, y aun casi pudiéramos decir en España, progresarán con mucha lentitud mientras la generalidad no abandone la falsa creencia en que está de que el pintor se desarrolla por sí solo captando la naturaleza si le dispensa su protección el gobierno. Sin escuela no se forman buenos pintores; la meditación sobre los objetos de la naturaleza, por mas genio que se tenga, será de todo punto estéril para el que no sepa observarla, porque es probado que no hay dos individuos en toda la creación que lean de un mismo modo las páginas de ese gran libro que la multitud se imagina abierto á los ojos de todos. ¿Qué producen de notable esa multitud de jóvenes que lle-

(2) Así se hace en Venecia, y muchos creen que esta comparación de lo moderno con lo antiguo contribuye poderosamente á que los jóvenes se esfuerzen en dar á sus obras la entonación vigorosa que las distingue, perpetuando de este modo las grandes máximas de los Veroneses, Ticiano y Tintoretto

nan todos los años los salones de la Exposición con sus embadurnadas telas sin querer sujetarse á una rigurosa disciplina artística para aprender á sentir y á ver? Al paso que en los estudios de la Academia dirigidos por los hábiles profesores actuales se van lentamente desarrollando varios talentos que dentro de pocos años serán la esperanza de las artes españolas, son infinitos los nombres, que recordamos al escribir estas líneas, de jóvenes aficionados que presentan todos los años obras cada vez peores. Otros, que en un principio prometían llegar á hacer mucho siguiendo las buenas máximas que recibían de sus maestros, reputados por la ignorante opinión del vulgo como profesores, se han echado á dormir sobre sus laureles, y dirigiéndose ahora por la luz de su natural inspiración van rápidamente retrocediendo en las vías del arte y haciéndose mamarrachistas, al mismo tiempo que consiguen sin saber cómo honores de pintores de cámara y otras distinciones. No nos cansaremos de repetirlo: sin escuela, sin estudio severo y concienzudo, sin docilidad y deferencia á los consejos de los que saben ver y sentir, ninguno llegará á ser buen pintor, por mas pródiga que con él haya sido la naturaleza. Con esto creemos haber juzgado la mayor parte de los retratos presentados en la última exposición.

El joven D. José Utrera, discípulo de la Academia, nos ha suministrado una prueba de lo que acabamos de afirmar. Este aplicado alumno, que apenas lleva dos años de estudio de composición, se ha arrojado á pintar un cuadro de historia, además de varios retratos bastante notables, y á pesar de las dificultades inmensas con que ha tenido que luchar ha producido una obra que bajo muchos conceptos revela los caracteres de la buena escuela en que aprende. El cuadro de Guzman el Bueno arrojando el puñal que ha de dar la muerte á su hijo, se distingue por lo vigoroso de la entonación, por la sencillez del pensamiento, por la naturalidad de las actitudes; la figura de Guzman el Bueno tiene verdad y nobleza, y espresa perfectamente uno de los estados del ánimo mas difíciles de explicar para la psicología: aquel semblante demuestra la confusa lucha de sentimientos que se verifica en el corazón del héroe instantáneamente, en el momento inmediato al de su heroica decision. Este cuadro tiene necesariamente defectos de bulto, pero no puede exigirse más de quien toma por la primera vez un lienzo para trasladar á él una composición propia.

No han salido mal parados de manos del señor Utrera, nuestro distinguido amigo el Sr. D. Juan Bautista Alonso, en cuyo retrato de cuerpo entero se advierte una grande armonía de tintas y una actitud nada forzada, y un funcionario de categoría, cuyo semblante nos es muy conocido, que á pesar de haberse hecho retratar con su uniforme del cuerpo de administración, ha encontrado en el autor un mágico benévolo que ha conciliado el puro interés del arte con el vano interesillo mundano de perpetuarse revestido de casaca bordada de oro; en efecto, el señor Utrera ha sabido sacrificar los bordados, sin desfigurarlos por eso ni disimularlos como hacen los que solo saben degradar los objetos envolviéndolos en espesa niebla ó negro humo, y ha hecho triunfar la cabeza de modo que los accesorios no llamen la atención.

También es discípulo de la academia el señor Sainz, y todos convienen en reconocer en este joven grandes adelantos. En esta última esposicion ha sobresalido en un género para él nuevo; y que pocos hasta ahora han cultivado con éxito despues de la muerte del inolvidable Alenza; y los cuatro cuadros de costumbres populares que ha presentado

nos le hacen considerar como un digno sucesor de aquel. El perro pintado por el mismo señor Sainz está ejecutado con verdad y facilidad; le falta quizás alguna brillantez en el colorido, pero su toque revela el estudio de Velazquez.

Otros jóvenes artistas de la grandiosa escuela que ha empezado à introducirse en la Academia, merced



Niña en la cama: pintado por D. Federico Madrazo.

à los esfuerzos de unos pocos profesores y à la noble perseverancia del director del colorido y composicion, se han abstenido por este año de presentar obras; algunos de ellos, que hubieran podido sorprender muy agradablemente al público conocedor, se ocupan en la actualidad en hacer sus ejercicios de oposicion para el premio de Roma; su ausencia en la esposicion nos impide comprobar con nuevos ejemplos nuestro aserto de que para los que se dedican à la difícil carrera de la pintura no hay mas medio de progresar que sujetarse à la escuela de un intérprete sábio de

la naturaleza. En pintura como en poesia solo nacen los genios de las semillas que esparcen los grandes maestros: ni Dante hubiera florecido sin el estudio de Virgilio, ni Rafael hubiera resucitado el perdido ideal de la forma à no haberle guiado hacia la sabia antigüedad los Pisanos y el Massaccio.

Los señores Mendoza, Ugalde, Ortega, Reygon, Algarra y Pardiñas, merecen honorífica mencion por los retratos que han espuesto.

P. DE MADRAZO.

LA CABELLERA DE LA REINA.

(LEYENDA).

II.

Aunque forasteros y llegados de noche à Segovia, no necesitaron nuestros viajeros preguntar hacia dónde caía el alcázar de aquella ciudad insigne, pues apenas habian puesto el pié en una de sus principales calles, cuando vieron un grande tropel de gente que corria precipitada en una misma direccion, con todas las señales de alegría que animan el rostro de los convidados à una fiesta. Celebrábase en efecto una en el alcázar aquella noche; y corria voz por la ciudad que debia ser de las mas lucidas que hu-

biesen alegrado la mansion de los Reyes desde mucho tiempo habia.

Justo era, al decir de algunos cortesanos, que pues el Rey habia partido à Aragón y dejado en Segovia à su real esposa Doña Juana, tratase esta de hacer lo mas llevadero posible el pesar de aquella ausencia, esparciendo su real ánimo y haciendo honesta gala de su hermosura y juventud. Otros en cambio tenían por indebido que mientras el Rey andaba en lejanas tierras y espuesto à la enemiga de su real pariente el monarca de Aragón, anduviese la Reina en Segovia de festejo en festejo, y celebrando tantos saraos como eran los días de la semana, pues

que apenas se pasaba noche sin que el ruido de la música, el compás de la danza y el brillo de las luminarias hicieran del alcázar una especie de paraíso terrenal, en que llevaba la serpiente la mayor parte.

No faltaba tampoco algún que otro grupo donde con cierto misterio se pronunciaban á media voz ciertos nombres, y se referían ciertas aventuras, cuyo relato unas veces promovía en el auditorio cierto rumor parecido á una amenaza, otras veces solo una sonrisa maliciosa y algún que otro guiño no mas caritativo, y otras veces en fin cierto susto y compuncion, como si se le anunciara la aparicion de una peste ó la declaracion de una guerra.

Formábanse estos grupos murmuradores en plazas, calles y callejuelas, y hasta en las puertas mismas del alcázar, si ya no es que tambien llegaban hasta la propia estancia de la reina. Así fué que apenas entrados en Segovia el buen D. Alonso con su compañero y amigo Isaac *el viejo*, pudieron apercibirse del nada respetuoso extremo con que andaba en bocas de las gentes cuanto pasaba ó se creía que pasaba en el real alcázar de Segovia. Hé aquí por qué aunque nada curiosos, ni tampoco muy seguros para poderse esponer á ser conocidos y descubiertos, arriesgáronse sin embargo nuestros dos héroes á agregarse á algunos grupos para oír lo que en ellos se hablaba, y tomar de este modo los necesarios informes para obrar con tino y prudencia. Favorecia su intento la confusion de las gentes reunidas ya ante las puertas del alcázar; y confiados por tanto en que nadie pararía mientes en ellos, anduvieron oyendo y atisbando de corrillo en corrillo sin oír cosa digna de ser contada, hasta que llegaron á uno compuesto de cinco ó seis gallardos caballeros, de los cuales el que parecia mas galan y resuelto por sus maneras y palabras decia, colocándose en medio de los demás.

—Se nos ha aguado la fiesta, caballeros: por esta noche se suspende el sarao.

Este suceso era tan inesperado para el auditorio á quien se dirigia, que de todos lados partieron á un tiempo mismo distintas preguntas para averiguar su causa: pero el caballero que lo habia referido, ya porque quisiera dar pasto á la curiosidad de sus oyentes, ya porque realmente no supiera dar la esplicacion que le demandaban, se limitó á responder:

—Yo tampoco sé que pensar de esto, ni de otras muchas cosas que están pasando. Ello es que de poco acá nuestra jóven y hermosa Doña Juana va teniendo antojos muy singulares... Ultimamente ha dado en la mas estraña mania que imaginarse puede...

—Cuál es? Decidla.

—Qué ha de ser? Que ha despedido ya á la mitad de sus damas, porque dice que no saben aderezarla el cabello, y se la oye pronunciar á cada instante el nombre de un tal maese Duran, que despues hemos sabido ser el barbero que la peinaba en la corte de su padre, el Rey de Portugal. Pero lo mas estraño es que cuantas veces recuerda al tal maese, se la torna amarilla la color del rostro, y se echa mano á los cabellos, como si temiera que se los arrancasen de la cabeza.

—No deja de ser estraño lo que referis, repuso

otro caballero de los que estaban presentes: pero quizás yo, como recién venido que estoy de Portugal, puedo contaros algo, que tiene mucha relacion con lo mismo que habeis referido. Porque habeis de saber que ese maese [Duran, cuyo nombre decís que pronuncia la Reina, está encerrado en una torre de Lisboa hace ya cerca de un año; y la causa de su prision se dice ser cierta aventura, de cuya exactitud nadie ha dado aun bastantes pruebas...

Aquí el caballero este, que se decia recién venido de Portugal, refirió, añadiendo algunos detalles de su propia cosecha, el robo nocturno de la cabellera de Doña Juana cometido en la persona de maese Duran, y las suposiciones ofensivas al decoro de la Reina, que aquel estraño suceso sugeria á los malicientes de la corte portuguesa.

En mal hora oyó nuestro D. Alonso este último relato, que desde aquel instante ponía en tan notable riesgo el honor de Doña Juana, pues que sin curarse de la prudente reserva á que sus particulares circunstancias le obligaban, metiose de rondon en el centro del corro, y con provocativos ademanes exclamó:

—Caballeros, yo sostengo á toda hora, de cualquier modo y contra todo el mundo, que cuanto aquí acaba de referirse, en nada puede dañar al limpio y claro honor de la Reina Doña Juana; y el que dijere ó sostuviere lo contrario, será conmigo en singular batalla.

Esta tremenda portuguesada del fidalgo D. Alonso lejos de picar en la vena del pundonor á los caballeros castellanos, fueles por el contrario gran motivo de risa y algazara; tanto que, doblemente irritada la furia innata del portugués, lo puso en términos de arremeter, no solo con los cinco ó seis que allí habia, sino con toda Segovia entera. Pero cuando subió ya de punto su cólera y estuvo á pique de hacer una harrabasada, fué cuando uno de los caballeros del corro le dijo con aire zumbon y malicioso gesto que «para campeon de damas, y sobre todo de reinas, llevaba muy mal aliño en toda su persona.»

En esto no le decian mas que la verdad, porque el buen D. Alonso llevaba tan descompuestos el cabello y la barba, y tan embarrado y mal traído el largo sayo que lo cubria, que toda su catadura en efecto provocaba mas bien menosprecio y risa que temor ni respeto. Hubo sin duda de conocerlo así nuestro héroe, y una vez conocido, debió entender que la ofensa que recibia, no le dañaba en cosa alguna, pues que su ofensor ignoraba con quien se las habia: pero los bríos y arrogancia de D. Alonso eran superiores á su prudencia, y sin poder contenerse, y sin atender á las súplicas que ya de palabra, ya con el gesto le dirigia su prudente compañero Isaac, rompió con ademán rabioso los cordones que sujetaban su sayo por el cuello y la cintura, y sacudiendo el cuerpo, como la culebra que muda la piel en la estacion del invierno, dejó al descubierto su aventajado talle y forzados miembros revestidos con una cota de maila, presentándose á sus atónitos espectadores poco menos que armado de punta en blanco.

Tan fuego como D. Alonso hubo terminado esta súbita transformacion de su persona, empezó á blan-

dir su espada, encarándose con los caballeros castellanos, á quienes dijo:

—Por la cruz de mi espada os juro, caballeros, que podeis entrar en lid conmigo sin que en nada se amenigüe por ello vuestra fama. Salid, pues, adonde vosotros quisierais, con tal que sea en parte donde uno á uno ó todos juntos podáis cruzar con el mio vuestros aceros sin que nadie nos interrumpa.

Con menos habia bastante para que los caballeros castellanos aprovecharan tan excelente ocasion de habérselas con un portugués, sobre todo siendo tan engorgollado como lo parecia el que en aquel instante los retaba. Asi es que sin contestarle palabra y con el recato necesario para no llamar la atención de las gentes agrupadas á las puertas del alcázar, escurriéronse honitamente hácia una calle solitaria, haciendo señas al portugués y al judío de que los siguiesen en silencio.

Llegado que hubieron al rincón mas oscuro de una calleja sin salida, que á espaldas del alcázar prolongaba su tortuosa angostura, desnudaron sus aceros á un tiempo mismo tres de los caballeros castellanos, y á un mismo tiempo tambien los cruzaron con el del portugués, á quien la desigualdad de la lucha no hizo cejar un punto en su firme propósito de tenerse las con Castilla entera, si fuese manester, para salir á la defensa del honor de Doña Juana.

La noche era oscura y nebulosa hasta tal punto que D. Alonso conoció tenia que reñir á tientas, guiándose solo por el ruido que hicieran los pasos y el acero de sus tres contrarios, pues lo espeso de la bruma apenas le permitia descubrirles el bulto. A los pocos tajos y mandobles conoció tambien D. Alonso el fuerte brazo de sus contendientes, pues á cada golpe que el acero de estos dabo en el suyo, le parecia que le quebraban la muñeca por en medio, y sentia crujir los huesos de su cuerpo, como si le cayese encima una montaña. Pero esto no amenguara el temerario denuedo del portugués, si al cabo de largo rato de combate no advirtiera que ni las evoluciones del cuerpo de sus contrarios, ni los rudos golpes que descargaban sus aceros, interrumpian el silencio sepulcral, que en la calleja reinaba. No parecia sino que tenia frente de sí á tres sombras, que con sus plantas no tocasen á la tierra, y cuyas espadas descargasen en sacos de lana. Por fin aquello de batirse con gente, cuyas pisadas no se sentian en el suelo, y cuyos aceros no crugian, llegó á poner seriamente en cuidado al portugués: y ya estaba mas en disposición de hacer la señal de la cruz y murmurar un conjuro que de seguir atacando á sus contrarios, cuando á la amarillenta luz de un rayo de luna, que repentinamente pasó por entre la niebla, le pareció advertir que el número de sus contendientes se habia reducido á solo uno en lugar de tres que antes eran. Creyó con esto (y no fuera portugués, sino lo creyera) que el esfuerzo de su brazo habria, sin sentirlo él, tendido en tierra á sus otros dos contrarios, y aquella persuasión le animó á seguir el combate con el que restaba, prometiéndose ya completa victoria.

Pero su último enemigo debia ser ó mas diestro ó mas afortunado que los otros dos, pues que al cabo consiguió rendir el brazo de D. Alonso, y hacerle soltar la espada con la misma facilidad que si de pronto se hubiera tornado su mano de manteca.

—Me habeis vencido, dijo el portugués, cuando se vió desarmado.

—Con eso vereis, le respondió su victorioso contricante, que yo soy hombre, á quien nunca se le queda á deber nada: Una noche me desarmásteis vos á mi, señor D. Alonso, y ahora os he desarmado yo á vos. Estamos en paz en punto á desarmes.

El que esto decia, lo decia en portugués, y con una voz que no era desconocida para D. Alonso, cuya sorpresa creció de punto al añadir su interlocutor:

—Pero cuidado que todavía me debéis otra cosa, y que vengo á reclamárosela.

—Pues qué mas os debo yo? preguntó D. Alonso casi trasudando de cansancio, aunque la crónica dice que de miedo.

—Debeisme, respondió el desconocido, cierto manojo de cabellos, que me robásteis en Lisboa, y que traéis guardado en el capuchon de vuestro sayo.

—Luego vos sois...

—Soy quien quiero ser, señor D. Alonso, pues eso no es cuenta vuestra. Entregadme los cabellos de que os hablo, porque solo asi escapareis con la vida.

—No haré tal, aunque me amenazaran mil muertes, sin que antes me digais quién sois, cómo y por qué habeis aquí venido.

—Pues miradme, á ver si me conocéis.

Al decir esto el desconocido, sacó del cinto una daga, en cuyo pomo habia atada una crencha de cabellos tejida de manera, que figuraba un cordon. Cogió despues una piedra de la calle, y frotando en el canto de ella la hoja de la daga, sacó en vez de chispas una llama entre azulada y verde, que comunicándose por medio de la corriente del aire al cordon de cabellos, lo incendió como si fuera una mecha de azufre. Al reflejo de esta diabólica llama vió en efecto D. Alonso el rostro de su interlocutor, y exclamó en cuanto le hubo visto.

—Maese Duran! Sois vos?

—El mismo. Pensé que al cabo de un año de prision en aquella maldita torre, estaria fya tan demandado que no me conocierais.

—¿Y qué venis á hacer á Castilla? ¿Cómo os habeis escapado de la prision? ¿Cómo es que habeis topado en este sitio y á estas horas conmigo?...

—Muchas preguntas son esas para responderlas tan pronto como quereis. Basteos saber, añadió el maese rechinando los dientes, y revolviendo los ojos en sus órbitas como si fuera un camaleon: basteos saber que no he venido aquí por mi voluntad, sino por superior decreto: que aunque me veis libre de la prision, estoy prisionero todavía: y últimamente que si aquí os he encontrado, es porque hace un año que os sigo á todas partes.

El tono con que maese Duran dijo estas palabras, heló la sangre en el cuerpo de nuestro bravo portugués, y de tal manera embargó sus sentidos, que ni aun le dejó pensar qué se habrian hecho su amigo Isaac el judío por una parte, y por otra los caballeros con quienes habia, ó creia haber reñido. Estático y mudo, pues, ante la azufrosa catadura del maese, nada pudo oponer, ni supo en nada resistir cuando aquel le dijo, tornándose de frente hácia el muro exterior del alcázar, que por aquel punto servia de término á la calleja sin salida en que se encontraba.

—Señor D. Alonso; en este momento necesita la

Reina Doña Juana del auxilio de dos amigos. Vos y yo lo somos, hace largo tiempo. Con que así, venid conmigo, que yo os pondré donde habéis con ella.

—Cúmplase la voluntad de Dios, dijo D. Alonso, no sin que maese Duran soltase un estornudo como si le hubieran metido pólvora en la nariz.

Después llegaron al muro; maese Duran empujó un resorte, que sin duda él solo conocía, y penetrando por la abertura que resultó entre las piedras, atravesaron silenciosamente unos subterráneos húmedos y oscuros como la boca del infierno. No quedó santo en el cielo á quien D. Alonso no se encomendara, ni maldición, que maese Duran dejase de pronunciar contra todos los santos.

(Concluirá).

GAVINO TEJADO.

POESÍA.

CANCION.

A mi querido amigo Mariano Z. Cazorro.

Pues quiere el hado que mi muerte seas
¡Oh ausencia dura! cantaré mi muerte
Y ese al menos habré triste consuelo.
En vano, amor, con tus recuerdos creas
Un nuevo mundo para mí; no hay suerte
De que viva sin luz el que amó un cielo.
Vos que sabéis mi duelo,
Ondas amigas del sonoro río
Crecidas con el llanto de mis ojos,
Flores que halló del huracán el brio,
Sol que tus rayos ya limpios y rojos
Niegas al aire, entre la niebla oscura,
Vos el fin, ¡ay! vereis de su amargura.
¡Ah! bien sabía yo, misero amante,
Que de mi gloria la encendida lumbre
Pronto á su ocaso descender debía!...
Que es la dicha de amor sueño inconstante,
Nube que borda la celeste cumbre,
Risueño amanecer de un negro día.
¡Ay!... triste del que fia
En la paz de su amor!... Vendrá la fiera
Tormenta del pesar á henchir su alma
De ponzoñosa hiel; vendrá ligera
Y nunca mas te tornará la calma!...
¡Dichoso yo, pues muero en el momento
En que á turbarse empiezan sol y viento!
Ya no volveré á ver la faz divina
De aquella á quien llamé dulce tesoro,
Candida flor y celestial encanto:
Lejos de mí la peregrina
Beldad que idolatré, que ciego adoro,
Parte y me deja en soledad y llanto.
Con su ausencia es espanto
Y sombra y duelo lo que fué ventura,
Placer y blanda luz; el prado, triste,
De sus colores pierde la frescura
Y la fría tiebiela el cielo viste.
¡No ha de romperse el corazón agora
Cuando ausente, mi bien, todo te llora?...
Otro tiempo feliz, esta ribera
Me vió á tu lado, y mi canción oyeron
Esos lúgubres sauces, esas flores

Mústias, de la galana primavera
Orgullo entonces... ¡Ay! ya te perdieron!...
¡Oh, de fortuna bárbaros rigores!
Decid, los amadores:
¿Hay mas crudo dolor que el que sin vida
Me deja, á mi que la aduré de binojos?
¿Hay por dicha, decid, mas honda herida
Que esta que me desgarrá?... ¿Hay mas enojos?...
¿Hay mas inquieta incertidumbre acaso,
Que la eterna y cruel en que me abraso?
Vá á partir!... vá á partir!... ¿y no la sigo,
Ay, desdichadol... y cuando en otro suelo
Brille el suave esplendor de su belleza,
Qué! aun en su ardiente corazón abrigo
Hallará aquel amor, puro, del cielo,
Que el cielo hoy probar quiere con dureza?
Aun cuando á la firmeza
Que tantas veces me juró su labio
Traicion no hiciera el alma, dudaría
Menos el tierno amante?... no, y agravio
Sino dudara á mi pasión le haría;
Que siempre teme el corazón que ama,
Y arde en el mio inestinguible llama.

Si un rayo de tu luz, un solo rayo
¡Oh esperanza! alumbrara mi sombrío
Dolor, si yo de verla hubiera un día
El consuelo no mas, de su desmayo
Tal vez luego lanzara el pecho mio
El duro abatimiento y la agoda.
Mas es mi suerte impia
Y ha de matarme, pues me hirió, la pena
Sin que temple mi mal mudanza alguna:
Cubrirá mis despojos esta arena,
Sombra este sauce me dará... y ninguna
Flor; ¡ay, ninguna! adornará este yerto
Suelo, en eterna soledad desierto!...

Cancion, si á sus oídos
Llegaras por ventura, di á la bella
Causa de mis gemidos,
Que otra vez torne á este lugar su huella.
Que, pues muero al perdella,
Que ha de volver espero en tal quebranto
Hundida el alma en llanto
La tumba á visitar de sus amores;
Así pondrá sobre ella
Una corona de marchitas flores.

FRANCISCO CEA.

CRONICA.

Se ha repartido el décimo cuaderno del tercer tomo del SIGLO PINTORESCO; contiene los artículos siguientes. *Inscripciones arábigas*, por D. Pascual de Gayangos. *El Asno de Verona*, por Martínez del Romero. *Viaje del Pirco á Constantinopla*, por Srta. Smirna y los Dardanelos, por D. J. Heriberto García de Quevedo. *Una mujer misteriosa*, novela, conclusiones, por D. Ramon de Navarrete. *El amor de una mujer*, cuento, conclusiones, por Don Angel Fernandez de los Rios. *El Caballero sin nombre*, novela, por D. Francisco Navarro Villoslada. *Revista mensual*, por Don Angel Fernandez de los Rios. *Boletín bibliográfico*. Adornan este número dos grandes copias de lápidas arábigas, una vista de Smirna, una escena de la novela, Una mujer misteriosa, otro cuento, El amor de una mujer, una lámina que representa el cuadro nuestro batido en el Circo de Paul, y un geroglífico.

Madrid 1847.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de D. Esteban O'Neil, calle de Heróles n. 29.